

Conclusiones. Una audaz renovación de la mirada

Introducción

“Le agrada *verme* amar mi pequeñez y mi pobreza, es la *esperanza ciega* con la que camino en su misericordia... Este es mi único tesoro” (Santa Teresa del Niño Jesús, *Carta 197, A sor María del Sagrado Corazón (17 septiembre 1896)*, 554-555). En su última encíclica, *Dilexit nos*, el papa Francisco se refiere a estas palabras –que Santa Teresa del Niño Jesús dirige en una carta a sor María– como “uno de los grandes hitos de la historia de la espiritualidad”. En ellas, se resume bien la devoción al Sagrado Corazón de Jesús fundada en la ofrenda agradable de la confianza ilimitada en su Amor (Cf. n. 138). Bien podría ser esta declaración, de igual modo, una síntesis del II Congreso Internacional de Hermandades y Piedad popular, que hemos desarrollado y que hoy solemnemente estamos concluyendo.

Es un honor dirigirme a ustedes en esta jornada final del II Congreso Internacional de Hermandades y Piedad Popular. Quiero comenzar expresando mi más sincero agradecimiento por su participación, su compromiso y las valiosas aportaciones que han enriquecido cada una de las sesiones celebradas. Durante estos días, hemos compartido experiencias, reflexiones y aprendizajes que fortalecen nuestra comprensión de la piedad popular como una expresión viva de fe, que toca las más profundas raíces de nuestra propia cultura. Gracias a su espíritu de colaboración, este congreso ha cumplido su propósito de ser un espacio de diálogo fructífero y crecimiento mutuo. Con este espíritu de gratitud y comunión, tratamos de recoger a continuación el fruto de este enriquecedor encuentro.

Inspiración. El lema del Congreso

Ya el lema “Caminando en esperanza” ponía de relieve, de hecho, la actitud de entrega y confianza en la acción de la Caridad divina que marca la identidad del camino de la Iglesia y, por ello, de las hermandades y cofradías. En las distintas ponencias –que,

con tanta profundidad, han dejado ver la riqueza del carácter multidisciplinar que caracteriza estas instituciones eclesíásticas— ha ido poniéndose de relieve, muchas veces de forma implícita, la llamada fundamental a una *audaz renovación de la mirada*, como el modo concreto de las Hermandades y Cofradías para llegar a ser fermento en el mundo contemporáneo.

La piedad popular contiene esa capacidad transformadora que le permite, por el contacto con el misterio del Hijo de Dios hecho “carne”, tocar no sólo la razón, sino cada uno de los sentidos y, de esta forma, anunciar el Evangelio al ser humano en su verdad más real. El Dios misericordioso, que comparece en el acto de veneración de imágenes devocionales, se presenta como fundamento de la esperanza en un camino que emprendemos, no fiados en nuestras capacidades y grandeza, sino “amando la pequeñez y la pobreza”, sabedores de que sólo Él es nuestro bien, “nuestro único Tesoro”. Su mirada divina se detiene en nuestra pequeñez y el impacto de su amor ciega nuestra mirada, porque desborda la capacidad de proporción —siempre ajustada a los cálculos de este mundo— que caracteriza el humano sentido de la vista.

Este II Congreso Internacional de Hermandades y Piedad Popular encuentra su inspiración, por tanto, en la profunda mirada de contemplación sobre la realidad eclesial de Sevilla, una ciudad donde las expresiones de fe, atravesadas por la incidencia de la piedad popular, configuran un testimonio vivo de la misión y la espiritualidad cristianas. Desde esta perspectiva, hemos reflexionado sobre cómo la piedad popular, con su capacidad de encarnar el Evangelio en la vida cotidiana preserva, de hecho, un rico patrimonio de fe, pero además pone en juego un modelo pastoral válido y profundamente necesario para nuestro tiempo. Esta piedad, que brota del corazón del Pueblo de Dios y se nutre de sus anhelos y desafíos, ofrece una forma de evangelización que incide sobre la cultura contemporánea, promoviendo una Iglesia con sentido misionero.

Estructura. Cuatro líneas de fuerza

Este Congreso, celebrado bajo el lema “Caminando en Esperanza”, ha puesto en juego algunas líneas de fuerza que han vertebrado su rico programa, ofreciendo así un espacio de encuentro, reflexión, contemplación y compromiso, donde las hermandades y cofradías han tenido la oportunidad de considerar su identidad y su misión y, al mismo tiempo, han podido renovar su vocación eclesial de servicio.

1. Encuentro, celebración, amistad

El congreso, *en primer lugar, ha sido un espacio de encuentro*, pues en él se ha procurado, sobre todo, el acercamiento a Dios en la Iglesia, a través de la celebración de la Eucaristía diaria y por medio de la exposición del Santísimo en tres lugares emblemáticos, en los que poder vivir el don inmenso de la Gracia divina. Estas celebraciones han sido momentos de comunión profunda, donde los participantes han experimentado la fraternidad que nace de la oración y de la alabanza. La dimensión del encuentro, que se fragua en la amistad, vincula a hermanos de diferentes cofradías, significa también la comunión entre culturas y países, reflejando el carácter universal de la fe y la riqueza de las tradiciones cofrades. La Iglesia que camina en Sevilla, como anfitriona, ha mostrado durante estos días su capacidad para acoger y compartir su experiencia de fe con calidez y hospitalidad.

Mons. **Edgar Peña**, en su **Discurso inaugural** nos recordaba que la primera actitud que permite reflejar la imagen de Cristo en el seno de las hermandades y cofradías es la fraternidad, antídoto frente al aislamiento contemporáneo, que permite superar además toda forma de soledad. Las hermandades han desempeñado un papel fundamental en la cohesión social, en el apoyo mutuo y en la promoción de valores morales cristianos, que hace ver cómo la santificación es un camino comunitario.

La pertenencia a una cofradía o a una hermandad no es algo aleatorio, sino un hecho que está íntimamente ligado a la pertenencia familiar, primer ámbito de anuncio de la fe para los hijos. Por ello, las cofradías no son simples sociedades de ayuda mutua o asociaciones filantrópicas, tampoco conglomerados sin enganche sobrenatural ni grupos que buscan favorecer y proteger intereses personales y corporativos. Son un conjunto de hermanos que, queriendo vivir el Evangelio con la certeza de ser parte viva de la Iglesia, se proponen poner en práctica el mandamiento del amor que impulsa a abrir el corazón a los demás, especialmente a los que están atravesando dificultades y carencias.

2. Reflexión, actualización

La segunda línea de fuerza supone profundizar *la reflexión y la actualización doctrinal* a través de ponencias de alto nivel y de mesas redondas que han reunido, desde una perspectiva interdisciplinar, a pastores de la Iglesia, teólogos, sociólogos, historiadores, filósofos y hermanos de las distintas cofradías. Este espacio de diálogo permitió ahondar en la dimensión espiritual y cultural de la piedad popular, así como en los retos que afrontan las hermandades en un mundo en continuo cambio. El concepto de *aggiornamento*, entendido como la renovación y actualización constante, ha sido central para esclarecer el papel de las hermandades en la evangelización contemporánea, la importancia de la formación doctrinal y el desafío para mantener la transmisión de la fe entre los más jóvenes. Este ejercicio intelectual ha aportado luces para el presente, pero será ante todo una hoja de ruta para el futuro.

2.1. Los tres pilares de sus Reglas

2.1.1. Liturgia y culto, el eje de la piedad popular

El verdadero sentido “fraterno” –que sitúa la identidad de la hermandad en la comunión eclesial nacida del encuentro de Cristo– permite desplazar la mirada, por tanto, hacia el culto y la

celebración litúrgica, manantial de santidad, donde la Iglesia se halla radicada y actúa. También la liturgia se funda en una mirada, sólo que ésta, en lugar de ser humana, proviene del mismo Cristo, Rostro de la Santísima Trinidad. La liturgia, por medio de los sacramentos, presenta a Dios al modo de una mirada que nos mira, dejando aparecer, de esta forma, su profundidad infinita. Abriéndose en un Rostro, somos mirados en la celebración litúrgica. La liturgia no representa a Dios, sino que es el lugar en el que Dios toma presencia, encarando la mirada humana y remitiéndola a una infinitud ante la que el ser humano se siente desfallecer, porque le resulta inabarcable. Con todo, la mirada humana no se colapsa ante la revelación del Rostro divino que se manifiesta en profundidad en la liturgia; en ella, se hace presente el Rostro de Dios que mira nuestras miradas para convocarlas en profundidad. La liturgia ofrece un abismo que los cristianos no pueden dejar de sondear: es el mismo Cristo, “Rostro del Dios invisible” (*Col 1,15*), quien se da.

El Cardenal Marcello Semeraro nos habló de la oración y la liturgia en la propuesta de santificación de las hermandades. Señaló que la piedad popular es sistema inmunitario de la Iglesia, pues corrige y defiende de la tentación de los desvíos ideológicos, especialmente gnósticos y pelagianos, como si estos fueran patógenos externos que le atacasen. Frente al gnosticismo, la piedad popular permite el encuentro con la carne de Cristo y con la ternura y el amor de Dios en el Rostro de María. Además, las expresiones de piedad popular enseñan sobre inculturación y así se convierten en un lugar teológico para la nueva evangelización, ya que el Evangelio transmite la fe de manera siempre nueva. Así se entiende el valor histórico de las hermandades en la tarea caritativa de la Iglesia. Por medio de las cofradías la Iglesia se ha presentado continuamente como Maestra de la humanidad que refleja el rostro de Cristo compasivo que aparece en el Evangelio.

Frente al pelagianismo, que propugna la confianza en estructuras y organizaciones planificadas de forma abstracta; la piedad popular presenta una Iglesia que está viva inquieta y anima, que tiene un cuerpo vivo, pues la doctrina cristiana se llama

Jesucristo. En este sentido, la piedad popular está en relación con la fiesta en la que se afirman la vida y la creación, que interrumpen el ritmo de lo cotidiano y la necesidad de lucro como expresión de libertad y tensión hacia la felicidad plena marcada por la gratuidad.

2.1.2. La permanente llamada a la formación

El Cardenal José Tolentino de Mendoza nos habló de la importancia de la formación para dar razón de la esperanza. La época actual representa una encrucijada en la que es preciso activar recursos novedosos que permitirán resurgir a la Iglesia a través de esos puntos de apoyo con los que se hace operativa la esperanza. La sociedad se parece a un mosaico heterogéneo y disparejo. Mística del vivir común propugnada por el papa Francisco es compleja en este contexto actual, en el que la propia organización de la formación en general es un reflejo de esta dispersión –un proyecto educativo dividido en disciplinas, con gran especialización– que da lugar a un mundo de especialistas, que a juicio de Ortega y Gasset es una forma de barbarie, ya que resulta imposible elaborar una síntesis y, sobre todo, superar la autosuficiencia del saber para que la formación pueda cumplir una misión social. De hecho, ¿cómo es posible que una sociedad tan cualificada científicamente no lo sea también éticamente? La propia ciencia tiene como prototipo el hombre del consumo, pero no a protagonistas humanos capaces de construir alianzas de amor.

Es preciso entonces reforzar una antropología integral que sitúe a la persona en el centro de la cultura. Para ello, se debe reactivar un pacto comunitario que permita que cada hermandad tenga de trasfondo un proyecto cultural, para que, por medio de él, se despliegue una mirada humana y global atravesada por los valores evangélicos, en medio de un tiempo especialmente narcisista, en el que tenemos que ser apóstoles de la palabra “nosotros”, ya que la civilización avanza con la inclusión cuando se hace retroceder la exclusión; nuestro futuro depende de la capacidad de ampliar el nosotros y reducir el pronombre ellos (Zygmunt Baumann). Las hermandades deben construirse como comunidades más empáticas humanas y fraternales.

2.1.3. La Hermandad, casa de caridad

Este pilar entronca con la llamada a poner en práctica un ejercicio de caridad que ha hecho reconocible históricamente, particularmente en los últimos años, la labor y la misma identidad de estas corporaciones eclesiales. Las hermandades no pueden dejar pasar de largo, con indiferencia, el sufrimiento de los más necesitados; al contrario, son llamadas, por el ejercicio de la comunión, a desplegar una mirada compasiva que reproduzca la del mismo Cristo, el Buen Samaritano.

Las Hermanas de la Cruz nos han hablado de hacer presente el amor de Dios en medio de su Pueblo. Al ser tantos los componentes de las situaciones de pobreza, así como tan relativos según los niveles de desarrollo en las diversas etapas de la historia y en los diferentes países y culturas, no es de extrañar que resulte difícil dar una definición precisa de la pobreza que pueda servir en todos los casos y situaciones. La pobreza espiritual, menos visible, pero más honda que otras, se hace evidente en la indiferencia religiosa, el olvido de Dios, la ligereza con que se cuestiona su existencia, la despreocupación por las cuestiones fundamentales sobre el origen y destino trascendentes del ser humano, que influyen en el talante personal y en el comportamiento moral y social del individuo. Por este motivo, los pobres también están necesitados de nuestra solicitud espiritual.

2.2. Cuatro perspectivas a considerar

Las hermandades y cofradías, como expresiones vivas de la piedad popular, son fenómenos complejos que han de ser comprendidos desde diversas perspectivas: antropológica, histórica, teológica y eclesiológica. Estas instituciones eclesiales reflejan ciertamente las necesidades humanas de pertenencia y trascendencia, pero tienen sobre todo una profunda raigambre histórica, actuando como transmisoras de la fe. En el plano teológico, encarnan una espiritualidad orientada a la devoción y al misterio cristiano, mientras que, desde el punto de vista de la

eclesiología, representan una forma de comunión y participación en la vida de la Iglesia. Cada una de estas dimensiones aporta claves esenciales para entender el papel multifacético de las hermandades en la sociedad y en la fe.

2.2.1. Perspectiva antropológica

El Dr. Fabrice Hadjadj nos ha hablado de la piedad popular, más allá del racionalismo y la superstición. Las hermandades y cofradías tienen una profunda *dimensión antropológica*, ya que responden, en el seno de la Iglesia, a la permanente necesidad humana de pertenencia, identidad y trascendencia. Estas instituciones eclesiales reúnen a personas que ponen en juego valores, tradiciones y una fe común, fortaleciendo así el sentido de comunidad. Además, expresan el anhelo humano de encuentro con Dios a través de la sagrada liturgia, las procesiones y los actos devocionales que permiten acoger el don de la gracia divina.

La convivencia en el seno de estas organizaciones fomenta además el ejercicio de la caridad, el apoyo mutuo y la transmisión de la fe y de las costumbres morales cristianas que contribuyen al enriquecimiento cultural de los pueblos.

2.2.2. Perspectiva histórica

El Dr. Francisco Juan Martínez Rojas, nos ha hecho un recorrido histórico del culto, caridad y evangelización como expresión de fe y devoción en la historia de la Iglesia.

La historia de las hermandades y cofradías demuestra el carácter comunitario de la fe cristiana a lo largo de los siglos, y las vicisitudes que han experimentado estas asociaciones eclesiales han contribuido a renovar sus estructuras manteniendo firmes los objetivos fundacionales de rendir culto a Dios y practicar la caridad, habiendo adquirido también más importancia en la actualidad la vertiente evangelizadora a la que las hermandades y cofradías están llamadas en el momento actual de la Iglesia, como agentes de la nueva evangelización.

2.2.3. Perspectiva teológica

“Las expresiones de la piedad popular tienen mucho que enseñarnos y, para quien sabe leerlas, son un lugar teológico al que debemos prestar atención, particularmente a la hora de pensar la nueva evangelización, porque la teología debe aprender, profundizar, sistematizar las expresiones de la piedad católica popular que representan el sentido de la fe cristiana” (Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, 126). Desde este punto de partida, el Dr. Carlos M. Galli nos ha guiado para recorrer tres momentos: La piedad católica popular como una expresión de la religión cristiana en una cultura (1), que se nutre del sentido de la fe del conjunto de los fieles (2); y constituye un lugar eclesial para pensar una teología teologal e inculturada (3).

2.2.4. Perspectiva eclesiológica

A la hora de considerar la inserción de la piedad popular en la Iglesia local, el Dr. Dario Vitali, a partir de una interesante analogía, nos proponía ofrecer “tres rosas”: la primera de ellas es la Iglesia; la segunda, las hermandades y la tercera, la Virgen María. En primer lugar, la diócesis, cuyo icono es la catedral, no es un territorio, sino una porción del pueblo de Dios confiada al obispo, rodeado por su presbiterio. El Concilio afirma que el obispo actúa *In persona Christi* ejemplarmente y, así es principio de unidad de su pueblo y de su presbiterio, motor que actúa en el discernimiento. En definitiva, la comunión de la Iglesia es la Iglesia Católica y el papa es principio de unidad de todos los bautizados. El desafío es ser testigos del Evangelio.

En segundo lugar, las hermandades, como parte del pueblo de Dios, refleja su forma de comunión y de relación: ahí radica su principio vital, que hace posible el crecimiento en la fe. San Agustín hablaba del quinto evangelio para referirse al testimonio de vida evangélica que todo lo transforma. En tercer lugar, según el modelo de la Virgen María, ejemplo para la Iglesia. Para

entender la Iglesia es preciso mirar a María: ejemplo de fe esperanza y caridad, como hizo Lumen Gentium al situar a María en el misterio de Cristo y de la Iglesia.

2.3. Dos proyecciones: Evangelización y “vida cofrade” (misión y santificación).

A lo largo de este II Congreso Internacional de Hermandades y Piedad Popular, las conferencias presentadas han resaltado con claridad dos grandes proyecciones que emergen como ejes fundamentales de reflexión: la evangelización y la identidad de las hermandades.

Por un lado, hemos profundizado en cómo las hermandades, desde su rica tradición espiritual, están llamadas a ser instrumentos eficaces de anuncio del Evangelio, testimoniando una fe es celebrada, vivida y compartida. Por otro lado, se ha subrayado la importancia de reafirmar su identidad, entendida como un espacio de comunión y fraternidad en el que confluyen devoción, formación, compromiso pastoral y acción caritativa. Estas dimensiones, articuladas en las ponencias, abren horizontes esperanzadores para el fortalecimiento y la renovación de la misión eclesial de las hermandades en la sociedad actual.

2.3.1. Evangelización

Al reflexionar sobre la misión evangelizadora, alma de las hermandades, Mons. Salvatore Fisichella destacó que en el contexto de una sociedad en constante transformación, es fundamental reconocer la riqueza que la tradición y la piedad popular aportan como claves de comprensión de la cultura y sus expresiones. Aunque no cabe aferrarse a sueños nostálgicos de restauración, tampoco se pueden ignorar los valores que la tradición representa. La historia, como maestra, ofrece lecciones perdurables, incluso frente al vertiginoso avance del tiempo.

El desafío de la evangelización en la actualidad implica no solo humanizar la tecnología, sino también redescubrir la maravilla

ante la belleza como vía privilegiada para el encuentro con Dios. Las cofradías, herederas de una rica tradición de fe, actúan como garante de estos signos indelebles, invitando a nuevas generaciones a valorar y continuar este legado en el marco de un cambio cultural que redefine nuestro modo de pensar y actuar.

2.3.2. Perfil del cofrade y de la hermandad

El cofrade que emerge de las reflexiones de este II Congreso Internacional de Hermandades y Piedad Popular se define como un discípulo misionero, de profunda espiritualidad y sólida formación. El Cardenal Kevin J. Farrell, al presentar las hermandades como casa y escuela de vida cristiana, comunión y sinodalidad, insistió en que las hermandades constituyen hogares, es decir, lugares vitales donde, a través de relaciones fraternas, cada miembro puede sentirse acogido, aceptado, reconocido y apoyado, consciente de que forma parte de una comunidad fraterna unida por profundos lazos de fe. Estas comunidades están llamadas a ser lugar del primer encuentro con el Señor, acompañando en un camino gradual de iniciación a la vida cristiana, según el modelo de formación en la fe que Jesús llevó a cabo con sus discípulos. Como escuelas de comunión, están llamadas a continuar poniendo en diálogo las tradiciones con la vida contemporánea, de manera que sus prácticas de piedad sean significativas incluso para quienes están alejados la realidad religiosa. Nunca se debe olvidar que las hermandades vienen del siglo XV, no son novicios en el camino de la Iglesia, han pervivido siglos, han pasado por guerras civiles, han mantenido la fe en tiempos de persecuciones.

Esta comunión, fruto del Espíritu Santo, va más allá de un aspecto meramente sociológico, pues genera vínculos espirituales concretos entre los fieles. En este marco, las hermandades están llamadas a asumir un camino de sinodalidad que incluye escuchar, convocar, discernir, decidir y llevar adelante su misión, consolidándose como casas y escuelas de comunión al servicio de la evangelización y de la vivencia profundamente sinodal de la fe.

3. La contemplación. Renovar la mirada

El tercer eje del congreso ha sido la invitación a recuperar la *dimensión contemplativa*, especialmente en una sociedad acelerada que a menudo deja poco lugar para el silencio y la meditación. En los actos piadosos (besamanos, besapiés, viacrucis...), pero sobre todo en la procesión de clausura con la que se cerrará este evento, la contemplación de las imágenes sagradas, auténticas obras de arte que expresan la fe del Pueblo de Dios, se presentará como una puerta de entrada a la experiencia divina. Las tallas de Cristo y de la Virgen María, con su extraordinaria belleza y su valor patrimonial e histórico, serán el centro de un ejercicio de oración. Este acto de culto externo está llamado a recordar a todos que estas imágenes son medios para contemplar el misterio de la salvación que llega de Cristo y de la intercesión de María, inmensa luz que alumbra el existir, mirando más allá de lo visible y descubriendo en cada expresión la grandeza del mensaje evangélico.

A raíz de la controversia iconoclasta desencadenada por el emperador León III –que negaba todo valor a las imágenes y que derivó en la oleada de destrucción de los principales iconos de la Iglesia oriental–, el año 787 fue convocado el II Concilio de Nicea. Durante su desarrollo, los padres conciliares procuraron fundar teológicamente el culto a las imágenes a través del principio de la “veneración”, que permite una “*traslatio ad prototypum*”, es decir, las imágenes tienen la capacidad de reenviar a su modelo a quienes las contemplan. De un modo análogo a la Encarnación del Verbo, las imágenes se erigen en una cierta mediación visible que, no obstante, remite a una verdad oculta y misteriosa.

3.1. Cruce de miradas: veneración

La mirada, a través de las imágenes, atravesando de parte a parte el impacto de su sensibilidad, alcanza su plenitud cuando se abre a un fenómeno que la desborda, pero en el que paradójicamente reconoce su identidad y su propia meta. A través de sus imágenes, Cristo, la Virgen y los santos son contemplados por quienes, por medio del recuerdo de sus originales, le rinden “una veneración

respetuosa” (séptima sesión, *DH*, 601). En esas imágenes, como en el paño de la Verónica cuando fue enjugado el Rostro del que sella con su sacrificio la Nueva Alianza, comparece la huella del Dios invisible, que misteriosamente nos mira. Este cruce de miradas se convierte en el principio que da sentido a la vida y constituye el corazón mismo de la fe.

La mirada –tocada por la presencia de lo trascendente, al que no puede someter a su control o a su interpretación– se dispone entonces para la acogida de un don, en el marco de una experiencia auténtica de asombro y de respeto. De esta manera, quedaba contrarrestada la iconoclastia que ratificaba la completa separación entre el rostro de Dios y toda imagen y, de este modo, la posibilidad de que Dios pueda dejarse ver (¡y mirar al devoto!) por medio de la veneración de las imágenes.

3.2. *Cristo presente: exposiciones, eucaristías, adoración*

Pero este Concilio se cuidó igualmente de separarse de la tendencia contraria cuando certificó la distinción entre “veneración respetuosa”, propia de la imagen, y “adoración”, que corresponde únicamente a Dios. Ante la imagen no cabe adoración, dado que el soporte visible y real (la imagen con su materialidad) no merece lo que requiere únicamente la naturaleza divina (en la sagrada Eucaristía, de un modo excelente). La imagen, a través de la veneración, debe ser atravesada por la mirada, como respuesta a una primera mirada, la que procede del mismo Dios. Así, como indica el texto conciliar: “el honor que se rinde a la imagen se transfiere (*diabáinei*) al prototipo” y el objeto visible es sustituido por un tránsito en el que se produce un cruce de miradas, que se exponen la una a la otra: la una (humana), vista; la otra (divina), divisada en la distancia de una mediación. Es esta mirada en la distancia la que encara la primera y permite que la superficie visible sea purificada, se limpie de toda opacidad que ofusca el cruce de las miradas.

Cuanto en la imagen hay de auto-suficiencia, de auto-nomía o de auto-afirmación queda entonces despejado; ya que, lejos de reivindicar su equivalencia con lo divino, demandando para sí la

gloria, la imagen pierde el prestigio de lo visible para que sea posible, *por medio de ella*, la transparencia de lo invisible.

3.3. *Una auténtica dimensión contemplativa*

Las imágenes, por tanto, se consideran reflejo de la única Imagen, mediadoras del único Mediador, quien, al ser mirado e invocado, desvela Él mismo su mirada profunda, con la que revela al ser humano su propia dignidad, pues –como recordó el Concilio Vaticano II– “en realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” (Const. Past. *Gaudium et Spes*, 22). Jesucristo, imagen viva del Padre, es el horizonte de nuestra mirada.

Debemos cuidar que “nunca se pierda de vista la “carne” de Jesucristo, esa carne hecha de pasiones, emociones, sentimientos, relatos concretos, manos que tocan y sanan, miradas que liberan y animan; de hospitalidad, perdón, indignación, valor, arrojo. En una palabra, de amor” (Papa Francisco, *Carta sobre el papel de la literatura en la formación* (2014), 15).

4. **Misión, compromiso**

El congreso concluye, **en cuarto lugar, con una fuerte llamada al compromiso y la misión**, recordando que la piedad popular debe traducirse en obras concretas de amor y servicio con las que anunciar la Buena Noticia. Las hermandades, arraigadas en sus comunidades de fe, tienen una responsabilidad clave en la evangelización y en la dimensión caritativa y social de la Iglesia. Como señal de este compromiso, el congreso presenta una obra social que ha resultado del esfuerzo conjunto de todos los participantes. Este proyecto es ciertamente un testimonio de ejercicio de caridad, pero quiere ser sobre todo un recordatorio de que la fe se vive en el servicio al prójimo, especialmente a los más vulnerables. Por eso, el congreso ha de ser entendido también como una llamada para revitalizar las obras de caridad propias de las hermandades, promoviendo iniciativas coherentes con las necesidades sociales más actuales. La misión, en la vida de las

cofradías, se extiende así hasta alcanzar el compromiso con la justicia social, la educación y la promoción de la dignidad humana.

La cuarta línea de fuerza que este II Congreso Internacional de Hermandades y Piedad Popular ha puesto de relieve es la misión y el compromiso social de las hermandades, entendidos como una respuesta concreta a las necesidades de los más vulnerables, pero, sobre todo, como una llamada directa a la conversión y a la santificación personal de sus miembros. En su labor caritativa y en su presencia activa en los contextos donde la dignidad humana es puesta en riesgo, las hermandades se convierten en signos visibles del amor de Dios y en instrumentos de su misericordia. Este compromiso social, lejos de ser una acción aislada, se presenta como una dimensión intrínseca a la espiritualidad de las hermandades. La vida de la fe, expresada en el servicio concreto al prójimo, interpela a cada cofrade a mirar su propio corazón, a discernir sus actitudes y prioridades, y a situarse en la senda de una transformación interior, movida por la Gracia de Dios, que lo acerque más plenamente al modelo de Cristo. Así, la acción social no responde principalmente a las demandas externas, sino que es una oportunidad para que las hermandades encarnen de manera concreta el Evangelio, viviendo una fe que es al mismo tiempo veneración y compromiso con la realidad.

De este modo, el Congreso nos recuerda que las hermandades están llamadas a *ser escuelas de santidad*, donde cada gesto de servicio y cada proyecto caritativo son una invitación a crecer en virtud, a fortalecer los lazos de fraternidad y a caminar juntos hacia la plenitud de la vida cristiana. Este horizonte nos interpela a todos, subrayando que la misión eclesial a la que las hermandades son convocadas es una auténtica vía de santificación y renovación espiritual.

4.1. Conversión personal y santificación

Descubrir la Iglesia como un “misterio”, como un pueblo congregado para la alabanza al Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, conduce a atisbar, de igual modo, su santidad, entendida en su

sentido fundamental de pertenecer a Aquel que, por excelencia, es el Santo, a quien la liturgia proclama “tres veces Santo”.

Confesar a la Iglesia como santa significa mostrar su rostro de Esposa de Cristo, por la que Él se entregó para santificarla. Este don de la santidad se hace visible en cada bautizado y, en él, se convierte en un desafío: “el desafío es vivir la propia entrega de tal manera que los esfuerzos tengan un sentido evangélico y nos identifiquen más y más con Jesucristo” (Francisco, Exh. Apost. *Gaudete et exsultate*, 28).

El papa Francisco señala que “nos hace falta un espíritu de santidad que impregne tanto la soledad como el servicio, tanto la intimidad como la tarea evangelizadora, de manera que cada instante sea expresión de amor entregado *bajo la mirada del Señor*” (*Ib.*, 31). De esta manera, podremos reflejar la luz de Cristo a los demás con un espíritu esperanzado.

4.2. *Construcción del Reino de Dios*

Las hermandades y cofradías, como expresiones privilegiadas de la piedad popular, están llamadas a desempeñar un papel fundamental en la construcción del Reino de Dios, entendida esta como la realización plena de justicia, paz, amor y fraternidad que el Evangelio proclama. Su esencia radica en ser comunidades vivas que, a través del ejercicio de la misión eclesial con capaces de incidir en la vida cotidiana de las personas y las comunidades. Estas instituciones eclesiales no solo son custodias de un rico patrimonio espiritual y cultural, sino también medios efectivos para traducir la fe en obras concretas de caridad y servicio.

En este contexto, las hermandades y cofradías son llamadas a ser agentes de transformación social, fomentando valores como la solidaridad, el cuidado de los más vulnerables y la reconciliación. A través de sus proyectos de acción caritativa y de su capacidad para movilizar a personas de diferentes edades y condiciones, tienen la oportunidad de encarnar el mensaje del Evangelio en un mundo que, en tantas ocasiones, necesita ser tocado por signos tangibles del amor misericordioso de Dios. Además, su rica dimensión simbólica, expresada en procesiones, cultos y actos

públicos, se convierte en un lenguaje universal que evangeliza, motiva a la conversión y acerca la fe. Por otro lado, en un tiempo marcado por el individualismo y la fragmentación social, las hermandades y cofradías ofrecen un modelo de comunión y fraternidad que responde a las necesidades profundas de pertenencia y encuentro humano. En ellas, el compromiso con la formación cristiana y la participación activa en la vida parroquial y diocesana refuerza su identidad eclesial y su misión de ser fermento de Reino en el seno de la Iglesia. De este modo, se convierten en depositarias de una rica tradición, pero también en protagonistas activas de una evangelización que mira hacia el futuro, construyendo puentes entre la fe y la vida, y siendo reflejo de una Iglesia en salida, al servicio de la humanidad.

4.3. *Obra social*

Deben ser sobre todo *los laicos*, en virtud de su propia vocación, quienes se hagan presentes en estas tareas que alcanzan la configuración misma de la sociedad, sin ceder nunca a la tentación de reducir las hermandades y cofradías, verdaderas comunidades cristianas, a agencias sociales. En particular, la relación con la realidad civil tendrá que configurarse de tal modo que reproduzca las enseñanzas propuestas por la *doctrina social de la Iglesia*. De acuerdo con la enseñanza del Concilio Vaticano II: “el mensaje cristiano, no aparta los hombres de la tarea de la construcción el mundo, ni les impulsa a despreocuparse del bien de sus semejantes, sino que les obliga más a llevar a cabo esto como un deber” (Const. past. *Gaudium et spes*, 34).

“La alegría del Evangelio que llena la vida de la comunidad de los discípulos es una alegría misionera” (Francisco, Exhort. Apost. *Evangelii gaudium*, 21). Y es precisamente esta “evangelización gozosa”, la que se vuelve belleza en la liturgia, en medio de la exigencia diaria de extender el bien. “La Iglesia evangeliza y se evangeliza a sí misma con la belleza de la liturgia, la cual también es celebración de la actividad evangelizadora y fuente de un renovado impulso donativo” (*Ibid.*, 24).

El papa san Juan Pablo II, al inicio del nuevo milenio, exhortaba a la Iglesia a continuar una tradición de caridad que ya ha tenido

muchísimas manifestaciones en los dos milenios pasados, pero que hoy quizás “requiere mayor creatividad”, para responder a pobreza permanentes y a nuevas situaciones de marginalidad y exclusión. “Es la hora –decía el papa– de una nueva «imaginación de la caridad», que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno. Por eso tenemos que actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como «en su casa»” (Carta ap. *Novo Millennio Ineunte*, 50).

Las hermandades y cofradías, asumiendo en la Iglesia esta llamada con un sentido de responsabilidad, podrán ser verdaderas “casas de caridad”, en donde, por el amor hecho vida, se manifieste, ante la mirada de quienes en nuestros días persiguen la Belleza imperecedera, la más grande presentación de la buena noticia del Reino de Dios.

Conclusiones prácticas

El II Congreso Internacional de Hermandades y Piedad Popular de Sevilla, por todo ello, constituye una oportunidad para celebrar el valor de la piedad popular y de las instituciones cofrades y una ocasión para renovar el espíritu de fe que las sostiene en la Iglesia. Encuentro, celebración, reflexión, contemplación y compromiso han sido las líneas de fuerza de un evento que dejará huella en los participantes y planteará desafíos primordiales para el futuro. El legado de este congreso será, sin duda, una piedad popular más fraterna, consciente, contemplativa y comprometida, vivida en el seno de unas cofradías que caminan como luz y sal en nuestro mundo, tan necesitado de verdadera esperanza.

En este contexto, queda patente la necesidad de renovar con audacia la mirada que parte del misterio de Dios y se dirige hacia el mundo, impulsando la misión evangelizadora de las hermandades y cofradías que integre liturgia, caridad y formación. A partir de esta llamada, se podrían presentar siete conclusiones

prácticas con las que se procura orientar el camino de la piedad popular hacia un ejercicio más pleno de su identidad y de su vocación eclesial.

1. Redescubrir la mirada transformadora de Dios: Encuentro con Dios y contemplación.

Este Congreso ha mostrado que la piedad popular ofrece un espacio privilegiado para el encuentro con Dios, en el que la veneración de las imágenes, pero, sobre todo, el ejercicio de la liturgia, propicia un verdadero “cruce de miradas” trascendental. En este acto de contemplación, los cristianos reconocen su pequeñez ante el don de la gracia de Dios, capaz de transformar la vida, purificando la visión y orientándola hacia lo esencial y, de esta forma, renovando la relación personal con Cristo, Rostro visible del Padre.

2. Comunión y sinodalidad frente al individualismo y subjetivismo que reina en la sociedad. La hermandad como signo de unidad.

Las hermandades y cofradías han de ser un reflejo vivo de la comunión eclesial, enraizada en Cristo. Su esencia radica en la construcción de lazos de fraternidad, tanto entre los hermanos, como con las otras hermandades, la parroquia, la Diócesis, la Iglesia universal, de la que son parte activa. Esta llamada a la unidad, que tanto ha resonado estos días, nos impulsa a caminar juntos, de manera sinodal, haciendo de las hermandades en verdaderas “casas y escuelas de comunión”, que testimonian el Amor de Dios.

3. El misterio divino, fuente de la santificación.

La liturgia y el culto son el corazón de la vida cristiana en las hermandades: Cristo se hace presente en los sacramentos y la oración comunitaria. En este horizonte, los fieles pueden gustar la mirada de Dios, que sale al encuentro de la búsqueda inquieta del corazón. La liturgia es el acto de alabanza que hace posible el crecimiento en la santidad y la comunión eclesial.

4. Ser fermento en medio del mundo: Misión y testimonio.

Las hermandades son llamadas también hoy, renovando la vocación de sus orígenes, a ser el germen de un testimonio valiente del Evangelio en la sociedad contemporánea. Este testimonio, auténtico primer anuncio de la fe, ha de manifestarse visiblemente en una vida que anuncie el mensaje de salvación con el ejemplo cotidiano y la palabra oportuna, con la coherencia de vida. En un mundo tan necesitado de esperanza, las hermandades han de responder con creatividad y compromiso.

5. Hacer presente el amor de Dios en medio de su pueblo.

La caridad es un rasgo distintivo de las hermandades, que, como se ha señalado en este Congreso, son, de tantos modos, hogares acogedores para los más vulnerables. Responder a las necesidades actuales requiere una nueva imaginación de la caridad, que ponga en juego la ayuda material a los más pobres, junto con la fraternidad y el reconocimiento de la dignidad personal. De este modo, el ejercicio de la caridad podrá ser una expresión de la comunión, en la que se puede ver la compasión de Cristo, Buen Samaritano.

6. Dar razón de la fe y la esperanza: Formación en las hermandades.

Estos días, en los que tanto se ha resaltado el alto nivel de las conferencias y de las mesas redondas, ha quedado también de manifiesto cómo la formación cristiana debe ser una prioridad en las hermandades, que han de promover el acceso a los medios adecuados –en el contexto de la gran oferta de nuestras instituciones académicas y pastorales– que conduzcan al conocimiento profundo de la Verdad cristiana. Este compromiso formativo es determinante para que los hermanos vivan su vocación y puedan fortalecer su identidad eclesial y el sentido de su misión.

7. Observatorio de piedad popular, un foro de estudio permanente

A raíz de este Congreso, y como un fruto del mismo, es preciso impulsar la creación de un observatorio como espacio de

estudio y reflexión permanente sobre la piedad popular. Este foro interdisciplinar está llamado a continuar el análisis de la riqueza espiritual de las hermandades, a identificar los retos y los desafíos contemporáneos y a diseñar propuestas pastorales que fortalezcan su papel evangelizador en la Iglesia. Este esfuerzo, que profundizará el rico legado de este encuentro que ahora concluimos, contribuirá a la renovación de la piedad popular como escuela de esperanza y camino de santidad.

“Cuentan que cuando San Francisco de Asís montó con su característica sencillez la representación “Navidad en Belén”, en el que reyes y ángeles vestían ropajes vistosos y acartonados, al estilo medieval y pelucas doradas, se produjo un milagro lleno de encanto franciscano: el Niño Dios era un muñeco de madera, un *bambino*, y cuentan que cuando san Francisco lo abrazó, aquella imagen cobró vida en sus brazos” (G.K. Chesterton, *San Francisco*, 1999, Madrid: Ed. Encuentro, p. 138).

Ante las imágenes de nuestra devoción, también nosotros nos sentimos mirados, pues no son meras pantallas, sino que, en ellas, es Dios mismo quien cruza su viva mirada con la nuestra, hasta el punto de que somos vistos por el Señor, alcanzados por el milagro de su Vida, de su Carne. Es esto lo que la Virgen Inmaculada expresa en el canto del Magníficat al declarar que todas las naciones la llamarán bienaventurada (cf. Lc 1,48) porque, purificado su corazón y preservado por la gracia divina de todo mal, ha sido alcanzada por la mirada vivificadora del Todopoderoso. Dios ha visto la Belleza manifestada en la humildad, anticipando de esta manera, en la pequeñez de María, la contemplación del “más hermoso de los hombres” (*Sal* 144), en el rostro doliente de quien, en su Pasión, aparece sin aspecto humano (*Is* 52,14) y que resucitado es proclamado como: “Santo y Feliz Jesucristo”.